



El Eco de Cartagena

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9104

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras; de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorett; rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

III CARTAGENEROS!!! ESPAÑA CONTRA FRANCIA. NO ASUSTARSE!

Pues apesar de los nuevos Aranceles, la LEGIA JABONOSA de D. José Ignacio Mirabet, seguirá vendiéndose en Cartagena al mismo precio que hasta hoy, sin temor á las imitaciones que se han introducido en este mercado. Para mayor seguridad, comprarla solo en los establecimientos que se citan en el anuncio permanente que va en la cuarta plana de este periódico, teniendo en cuenta que la LEGIA JABONOSA es de un color algo pajizo, lo que á simple vista ya la distingue de las demás. Único representante en todo el reino de Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Martín Delgado 49, pral., Cartagena.

VIERNES 4 DE MARZO DE 1892

COLABORACIÓN INÉDITA. LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES EN 1891.

Nuestra vida política es cada vez más lánguida y pobre: en cambio la literaria no merece el desdén con que la miran los críticos extranjeros, y en particular los superficiales franceses.

Si hay géneros literarios, como el drama y la comedia que no andan muy boyautos, la novela florece y da fruto sazonado.

Zola ha dicho explícitamente que en el terreno novelesco ocupamos el tercer lugar, después de Rusia y Francia. Tal vez, si nuestra situación política fuese más brillante no cederíamos á nadie la palma de la novela: estoy de acuerdo con Valera en que las naciones poderosas también ponen la ley en literatura. Dejando aparte esta cuestión, reseñaremos al vuelo la producción novelesca del año pasado.

Galdós es nuestro primer novelista, verdad que todos sienten pero algunos niegan, adjudicando á Pereda, por espíritu de partido, el puesto de honor. Más en Pereda la crítica reposada y despreocupada del porvenir, no verá ni aun á un maestro de la novela, sino al gran pintor de una región y sus costumbres. Empecemos, pues, por Galdós y así iremos como Dios manda.

Galdós ha publicado en 91 *Angel Guerra*, en tres gruesos tomos. Es

novela impregnada de ese espiritualismo místico que caracteriza á los mejores escritores rusos. No es que Galdós los imite deliberadamente, sino que ha sentido su atmósfera: el Galdós que repetidas veces estudió el problema religioso (*Gloria*, *Doña Perfecta*, *La familia de León Roch*) vuelve con más seriedad y más españolismo á ese terreno que ya acostumbra pisar.

Angel Guerra, el héroe de la historia, es español neto y puro desde la cabeza hasta los pies. Atacado de fiebre política, y mezclado con asonadas y motines, el remordimiento de haber disparado una bala que tal vez hizo blanco en el cuerpo de un hombre, (remordimiento que exaltan desgracias de familia),—va transformando su espíritu. Completa la metamorfosis el amor de una mujer. Lorenza, ó *Leré*, la santa. Tal vez contada así parezca rara la conversión de *Angel Guerra*: un revolucionario convertido al cristianismo, y por una santa de quien se enamora! Leyendo la novela, se comprende tan extraña conversión. Leré no acepta de *Angel* sino el alma, y la acepta para Dios. *Angel Guerra* resuelve ordenarse de sacerdote, y si una puñalada no cortase su vivir, el erigo hubiese sido y probablemente santo, como su amiga. Aunque *Angel Guerra* va e tanto, nadie ignora que la novela ruidosa del año fue obra de un jesuita: todos recordarán el inusitado alboroto que movió *Pequeñeces*. Habiéndose estrellado Pereda con su *Montalvez* y Fernando Palacio con su *Espuma* en la pintura de las costumbres aristocráticas, se vió

con sorpresa al Padre Coloma que salía á la palestra, mostrando hallarse versadísimo en modas, conversaciones, usos, ideas, pecados y diabluras de la *high-life*. Resonó un nutrido aplauso y la novela *Pequeñeces* fue arrebatada de las librerías. Me cabe la satisfacción de haber iniciado este aplauso, lo cual me concitó las iras de muchos y desencadenó varias tempestades contra mí. ¿Qué menos na de costarnos el proclamar lo que tenemos por verdad? *Angel Guerra* y *Pequeñeces* son las dos novelas de la temporada: la primera por ser de quien es, la segunda por revelar un novelista nuevo, una esperanza fundada desde el primer instante. Descontados estos dos autores, de los demás puede decirse, en lenguaje taurino que *cumplieron*.

Hagamos una excepción honorífica en favor de Jacinto Octavio Picón y su lindo idilio *Dulce y sabrosa* fundado en los conocidos versos.

Flerida para mí *dulce y sabrosa* más que la fruta del cercado ajeno más blanca que la leche, y más hermosa que el prado por Abril de flores lleno.

Si se pudiesen suprimir en *Dulce y sabrosa* algunos toques de un verde antipático, de ese verde amarillento que repugna, la novelita sería, en su género un declarado primoroso. Pereda publicó en 1891, casi á la vez, dos novelas de muy regular tamaño. Son de Pereda, y es cuanto en su alabanza puede decirse; reconozcamos la marca de fábrica, saludémosla, pero declaremos que el valor de esa marca no sube

ni un céntimo con la aparición de *Al primer vuelo* y *Nubes de estío*. En ambos libros hay que leer y que saborear; no obstante, las deficiencias características é irremediables del ilustre montañés, aparecen más evidentes acaso que en novelas anteriores. Lo mejor de *Al primer vuelo* es la parte marítima y el balandro *Flach*, el personaje que más interesa. Otras dos novelas dió luz Armando Palacio: *La espuma*, falsa y desacertada pintura de la alta sociedad (Palacio habla de ella como el ciego de los colores); *La Fé*, estudio religioso sugerido probablemente por *Angel Guerra*. Este influjo de los maestros en los discípulos es general y Armando Palacio que no tiene originalidad, hace bien en tratar de seguir las huellas, ya de Pereda, ya de Galdós; solo que es más agto para inspirarse en el primero; los problemas que trata el segundo tienen mayor vuelo y quizás son menos accesibles para Palacio. Lo demuestra el que en *La Fé* la pintura de costumbres y personajes rurales agrada mucho, es exacta y fina, mientras de las honduras místico-filosóficas no siempre sale bien parado. Tal vez adelante Palacio en este terreno, si lee y se aplica á profundizar su cultura un tanto deficiente, pues ha llegado en el prólogo de *La Hermana San Sulpicio* hasta confundir al abate Prevost, autor de *Manon Lescant*, con el académico é historiador Prevost Paradol. También en el estilo y lenguaje sería conveniente que pusiera Valdés algún cuidado: peca ya de exceso de desaliño: parece su prosa en lo floja una red. En suma, y descontando defectillos y errores inevitables puede afirmarse que los Dioses mayores y menores de la novela española han dado un año bueno, y que no retrocederemos en este género predilecto de nuestro siglo.

EMILIA PARDO BAZÁN,
2 Marzo 92.
(Prohibida la reproducción.)

VARIEDADES INÉDITA. HORAS DE DUELO

El amor es ser dos y no ser más que uno: un hombre y una mujer que se funden en un ángel: es el cielo
Victor Hugo.

¡María! tu dulce nombre en mi corazón grávita, y cruza por mi cerebro, recordándome los días en que loco te adoré como á una égloga divina, las vanas preocupaciones origen de mis desdichas.

Luego pasan vagozoras mis ilusiones perdidas, que alimentaron é hicieron más llevadera mi vida, y que al evocarlas hoy déjanme el alma contrita, derramando hirviente lava en mis perennes heridas.

¿No te enternece mi lloro, no compadeces mi vida que subsiste del ayer y el presente la añiquia?

¡Intento vano! Bien sé que sueñas con las delicias, que son nubes de verano, con que ese mundo te brinda y que mañana, tal vez, como yo ahora maldigas.

Pero piensa y avasora el amor con que te brinda un alma todo ternura que por tí llora y suspira y que la sangre que vierte ni recompensas, ni miras.

¡Tanta crueldad! La sufro y me parece mentira que esa boca, que es la gloria que el Corán ensalza y pinta, no derrame una palabra que mitigue mis fatigas.

¡Ay María! si tu alma sintiera lo que la mía llamara un imposible sufrir penas cual las mías, derramar lágrimas tantas un día tras otro día sin que estalle en mil pedazos del amor las tiernas fibras.

Luego aumenta mi quebranto aparentar alegría,

UN DRAMA EN NAPOLES. 173

Della Porta dudaba. Estaba bien resuelto á no reanudar sus relaciones con Fra Giacomo, pero no sabía cómo hacer para negar á Mariuccia lo que ésta le pedía. En tanto que vacilaba, Mariuccia había dado algunos pasos hacia adelante.
—Mira, dijo señalando un objeto que las tinieblas no permitían distinguir, ves aquello?
—Sí, es el tronco de un árbol.
—No, es un centinela, los sombreros de plumas no están lejos. Ese centinela guarda el sendero que tenemos que atravesar para ir á la casa. Felizmente tienes valor, no es verdad?
—Esta es buena, pensó Della Porta, va á pedirme que cometa otra muerte. No voy á concluir de ser asesino... á pesar mio?
Se detuvo en medio de esta reflexión, acababa de concebir un proyecto, cuya ejecución consideraba posible.
—De modo, dijo designando con el dedo al soldado, que estaba tan inmóvil como si fuera de mármel; qué vamos á matar á ese desdichado?
—Sí, es menester hacerlo. Es bueno tu cuchillo? Hérralo de abajo arriba, es más seguro. De arriba abajo el cuchillo resbala y...
—Bueno, bueno; suprime esos detalles demasiado técnicos. Ya te sigo, enséñame el camino.
Se adelantaron con precaución, procurando ahogar el ruido de sus pasos. El chasquido de las ramas que pisaban

172 EL ECO DE CARTAGENA.

morir. Escucha; te he engañado hace un momento; no, no fue mi hermano el que quiso que se llevase á cabo nuestro casamiento; no fue él, quien me obligó; al contrario, decía que tú no servirías para nada, que serías un verdugo bastante malo, porque ya entonces pensaba en tí para ese cargo. Pero yo te defendí y...
—Muchas gracias por tal favor!
—Le hice creer que tenías el alma de un verdadero bandido: que nadie valdría más que tu en ese terreno, y que honrrarías la banda. Oh! bien te había adivinado yo; bien sabía lo que valías.
Della Porta hizo un movimiento de impaciencia, pero Mariuccia no se apercibió, y siguió diciendo:
—Ahora es necesario tratar de salvar á mi hermano: aquellos de los nuestros que han sido muertos por los piamonteses, serán reemplazados; pero si mi hermano muere eso sería el fin de el fin.
—En dónde está tu hermano?
—Yo no lo he visto. En esta espantosa desbandada, cada cual ha corrido por su lado, yo lo mismo que los demás. Me parece que debe haberse refugiado en la casa Selvática, en donde tiene buenos amigos.
—Está lejos de aquí?
—A dos horas de camino poco más ó menos. Quieres que vayamos allá?
—Sería peligroso.
—Menos que quedarse en este mismo sitio, que será registrado mañana temprano por las patrullas. Anda! ven.

UN DRAMA EN NAPOLES. 169

algún bandido escapado de la *Saint Bartholemy* piamontesa. Aquella persona se adelantó con precaución: Domenico no dejó de extrañarse algo, cuando descubrió que era una mujer... y qué mujer! La que.
—Mariuccia! no pudo por menos de decir en voz bastante alta.
Se había olvidado completamente de ella durante la refriega: sin ser precisamente cruel, se había metido en la dulce esperanza de quedar viudo, y por lo visto se le había escapado tan hermosa ocasión de ver su sueño convertido en realidad. La hermana de Fra Giacomo había pasado por en medio de los proyectiles, con tanta ligereza como el pescado que huye del arpón del pescador.
—Os buscaba, dijo Mariuccia poniendo su robusta mano de campesina en la espalda del joven.
—Qué me querías? preguntó ésta.
—La pregunta es graciosa, contestó ella. Habéis olvidado que estamos unidos el uno al otro, como no se puede estar más, *mio gentilissimo marito*?
—Oh! tu marido, tu marido! repitió Della Porta, con un tono que denotaba duda.
—Cómo! vais ahora á negarlo?
—Todavía no, pensó el banquero, que tenía intención de divorciarse más adelante, pero por el momento no creyéndose todavía seguro, tenía miedo de volver á caer en manos de aquellos bribones.
Y en alta voz añadió: